

HOMICIDIOS

INVOLUNTARIOS

Juan Carlos Martínez

HOMICIDIOS INVOLUNTARIOS

- ¡Principios! Eso es lo que esta gente no tiene, Zuli, principios. Dicen que vienen a trabajar, pero, ¡quíá!, no vienen a trabajar; vienen a follar nacionales –defendía doña Eloísa sus inamovibles principios morales. Desde su silla de ruedas.

Doña Eloísa ya rondaba los 90. Se le notaba en la voz que de dulce había pasado a chillona; en el rostro, que marcaba todas las evidencias de sus experiencias vitales; y en las palabras, adheridas a la infancia y juventud de su tiempo.

Zulima, por el contrario, era una mujer de mediana edad, hermosa de piel, ligeramente oscura y brillante. Conservaba la belleza serena de la mujer madura y un punto de coquetería del pasado perteneciente a esa feminidad que nunca buscó ser igualitaria en la expresión de las de su sexo, pero sí ante la ley.

Hoy había quedado con un hombre.

- Manténlo a raya, Zuli. Las jóvenes aún tienen años para dejarse engañar y tiempo para sufrir por su ceguera; pero a nuestra edad ya hay que elegir con cabeza.

- ¿Voy así bien, doña Eloísa?

Le gustaba que doña Eloísa juzgara sus vestidos y su imagen, pues aunque de generaciones muy separadas siempre había algo en su punto de vista que la ayudaba a mejorar bien el atuendo, bien la raya de los ojos, bien el peinado.

- ¡Bien!

Y la examinaba de arriba abajo comentando si las sandalias de tacón alto con una tira ancha para sujetar los pies la hacía esbelta o desequilibraba sus proporciones, si la cuarta de piel visible por encima de las rodillas, donde comenzaba el vestido, era suficiente –para doña Eloísa la mezcla entre unas piernas atractivas y ligeramente provocativas para el macho no eran necesariamente impúdicas ni imprudentes; *para eso, pensaba, ya estaban las quinceañeras, esas que creían que la elegancia en el vestir o que la belleza del cuerpo estribaba en enseñar el culo*, algo que según ella no siempre lo tenían ideal- y en ese caso cómo el vestido acentuaba la cintura que, efectivamente, ya no era “cinturita de abejita” sino de mujer madura, lo cual acentuaba su feminidad.

Luego se detuvo en el pecho: los tonos marrones y ligeramente violáceos del vestido como ondas en mil playas dulcificaban, con el suave moreno de su piel, el paso de la tela a la carne. Lo hacía firme. Y con las finas tiras agarradas a sus hombros realizaba aquel hermoso busto. Podíamos decir que el escote que llegaba hasta el cuello, firme y poderoso, era proporcional a la distancia entre rodilla y vestido. Existía pues, un equilibrio de estética composición. ¿El cuello? Columna, mástil de aquella sonrisa imperturbable ante el halago o la grosería. Doña Eloísa dejó la boca, los ojos y el maquillaje para otro momento.

- Querida, si los hombres no te miran al pasar es que han dejado de ser hombres, por no decir cosas peores. Y las que dicen que solo se ponen hermosas para sí mismas es que aún no han dejado de ser mentirosas adolescentes, ignorantes jovencuelas o hembras sin razón ni corazón.

- ¡Mil gracias, doña Eloísa! Voy a dar el último toque al pelo.

Cómo llegó doña Eloísa a contratar a Zulima es una historia rocambolesca. Tan solo llevaban juntas tres meses y daba la impresión de haber vivido juntas y de haberse entendido toda la vida. Las últimas muchachas que doña Eloísa había contratado no le duraron, no diré el año en ciernes, sino el mes, o incluso menos de lo que dios tardó en hacer el mundo; más aún, muchas ni al comienzo de la entrevista.

- Los fines de semana los quiero libres –se auto despedía una antes de sentarse y decir su nombre-. Tengo novio.

- No estoy dispuesta a cobrar como un trabajo basura –imponía otra antes de saber cuál era el cometido de su trabajo y el sueldo con el que pensaban pagarle.

- Los baños, me da asco limpiarlos –terciaba una tercera, de uñas largas e impecables, de manicura intachable.

- ¿Qué le tengo que ayudar yo a qué? –exclamaba otra con cara de asombro, poniendo boca de asco y cuerpo en posturoo adolescentil.

Y, así, unas y otras, todas hijas de una generación cuyos padres nunca supieron decirles ¡NO! en la infancia, pasaban a mejor vida en tan breve guiño de tiempo.

Zulima sí fue un soplo de aire fresco para doña Eloísa después de tanta... peste. Ya antes de comenzar la entrevista, apenas entró en el salón, la miró detenidamente y declaró desde su silla de ruedas, que siempre utilizaba para impresionar:

- El puesto es tuyo y te subo 300 euros al mes -dijo-, no aceptando regateo alguno a la baja.

- Pero si aún no me ha dicho qué he de hacer y lo que voy a ganar...

- De lo primero, seguro que no necesitas que te lo explique y de lo segundo, si has venido por este trabajo no vamos a pelearnos por infravalorarte.

Definitivamente doña Eloísa era una persona resolutive y más que ligeramente conocedora del género humano.

Volvió Zulima al baño a retocar el peinado. Tenía un cabello precioso que ella cuidaba para que su rizo natural trasformase el rostro y adquiriese insospechadas personalidades. Achocolatado, luminoso y sedoso, esponjado o domado, simplemente suelto o cual escarola gigante lo mismo podía parecer una leona indomable como una dama de la alta sociedad, una cantante rockera como una llamativa modelo; pero, siempre, hermosa y norteafricana.

Según retocaba el cabello su cabeza repetía las palabras de doña Eloísa sin poder reprimir el sonido de su propia risa: “Dicen que vienen a trabajar, pero quiá, solo vienen a follar nacionales” ¡Ella también era extranjera! Entonces, ¿qué hacía que doña Eloísa la discriminara como si ella fuera una “nacional”?

Llamaron a la puerta. Ding-dong.

- Ya voy, ya voy –Zulima, Zuli, no se preocupó por abrir- ¡Ah! El cartero –avisó desde la silla de ruedas. Abrió.

- Buenos días, señora. Traigo una carta certificada. Perdona, se me ha acabado la tinta del bolígrafo. ¿Podría dejarme uno para que pueda firmar usted? ¿Puedo pasar? –y entró sin esperar respuesta.

Doña Eloísa no le quitó ojo.

- *¡Raro, raro! ¡Un bolígrafo en estos tiempos! ¡Raro!* –reflexionaba mientras fruncía el ceño- *Claro que también podía ser el tonto de Correos, como también está el poli tonto, o el maestro idiota* –pensó-. *Siempre hay un tonto en todas las profesiones* –cuchicheó de forma ininteligible.

- ¡Ande, pase! –le dijo estando él ya dentro- ¡Y a ver si modernizan el sistema de trabajo de correos! –giró las ruedas- Y cierre.

El supuesto cartero sonrió para sí mismo. Dio media vuelta. Cerró la puerta de golpe –“¡Raro”, pensó doña Eloísa al oír el golpe- y antes de que la anciana buscase el bolígrafo de marras el cartero sacó una cuerda del bolsillo, rodeó el cuello de la mujer y con la feliz sonrisa de malo de película le susurró al oído:

- Vieja, sé que escondes las joyas en la caja fuerte. Me las vas a dar, y rápido, si no quieres que deje un tatuaje de cuerdas en tu precioso gaznate.

Doña Eloísa, sin inmutarse, levantó la mano para pedir la palabra, y aflojase un poco, claro. El cartero, aún atento para que no gritase, aflojó y la dejó hablar.

- ¡A ver, jovencito –este pasaba los cuarenta-, que no estoy para bromas hoy, que tengo mucho que hacer! ¿Por qué crees que te las voy a dar? –imperturbable, lo miraba a los ojos.

- ¿Porque a las viejas no les gusta morir? ¡Jajaja! –y recordaba su último y exitoso atraco, aunque aquella vieja no era tan divertida como esta.

- Tengo casi los 100 años, artrosis, cáncer y dos o tres averías más. ¿Crees que así me vas a asustar? ¡A ver cómo me vas a convencer! –porfiaba.

- ¡Porque te haré sufrir, vieja chocha! –y comenzó a elevar la voz, a cambiar el gesto disfrutando de antemano de aquella visión que recordaba cuando niño mataba conejos, gallinas, o pajaritos retorciendo sus cuellos.

- Mira, bonito de feria –seguía mirándole a los ojos, imponiendo criterio-, ¿cuánto tiempo crees que duraría yo en tus manos? Tendrías que ser muy *de-li-ca-do* para que durase, pongamos cinco minutos como mucho y, claro - *eso sería un agujero negro en su cerebro*, pensó- siendo delicado no podrías casi ni tocarme... En estos momentos, ante la muerte soy mantequilla pura, si no pasada de fecha.

- ¡Aaah!, ¡Deja de hablar, vieja! Lo haré como me dé la gana y a mi manera. En esta bolsa de cuero...

- ¡Ya decía yo que eras un falso cartero! ¿Tú no sabes que las bolsas de cuero han quedado desfasadas y ahora se llevan los carritos esos para la compra? Anda, que lo de firmar el papel... ¿pero en qué siglo vives, tonto, más que tonto?

- ¡Pues usted, lista, bien que picó! –y doña Eloísa entendió que ese tratamiento de cortesía mejoraba sus posibilidades e intenciones.

- ¡No te las voy a dar, cretino! –gruñó, teatralizando el acto con movimiento de ojos, mano, dedo y cabeza.

Mientras hablaban doña Eloísa se había dado otra vez la vuelta en su silla de ruedas y avanzado unos dos metros, con la soga suelta al cuello. Zuli, que había escuchado casi la mitad de la conversación, en vez de salir por la puerta del salón, salió por el pasillo lateral quedando detrás del cartero. En aquel momento vio cómo del bolso grande de cuero el cartero sacaba una llave de perro grande, una albaceteña y unas tijeras de podar árboles, y que no se decidía por una de las tres.

- ¡A ver, a ver con cuál vamos a disfrutar más! –rezongaba el falso cartero.

Zuli no se lo pensó una sola vez. Lo había visto numerosas veces en las películas: un reloj de madera, un pequeño busto de mármol y un buen porrazo serían suficientes para dejar fuera de juego a un agresor y controlar la situación. Luego, llamaría a la poli...

- Con esta –mostrando la llave de perro- te puedo aplastar esos sesos arrugados que te quedan –reía- y con esta otra –la albaceteña- te rebano los ojos... ¡y las tetas! –y reía su propio ingenio.

- ¡Grosero, que eres un grosero! –exclamó indignada- ¡Yo viví la época de la guerra, que lo sepas! ¿Crees que no vi suficientes atrocidades como para que me quieras asustar?

- ¡Y con esta nunca fallo! -y le mostraba la cizalla abriendo y cerrándola buscando un ruido estremecedor- Y de paso, cuando la poli la encuentre desangrada y sin dedos pensarán que ha sido un asunto pendiente entre bandas, jajaja.

- Vale. Me has convencido, bonito –contestó resolutiva e imperativa-. Déjame un minuto para pensar y decidir –pero viendo a Zulima con algo en la mano que no lograba reconocer siguió hablando-. Okey donkey –le gustaba dicha expresión, de las pocas cosas que sabía en inglés-. Guarda la cuerda y toma mi cuerpo – y alargó la mano como si fuera a bailar.

El cartero no salía de su asombro del comportamiento y de las palabras de la anciana. No logró llegar donde ella, airado como estaba de que ella se estuviese riendo de él, pues apenas avanzó dos pasos, cizalla abierta y en mano, algo golpeó su cabeza y le hizo caer redondo.

- ¡Toma, hijoputa! –gritó Zuli y lo miró abatido en el suelo.

- ¡Zulima, ese vocabulario! –le reprendió doña Eloísa.

- Lo siento, doña Eloísa, pero era un taco que siempre he querido decir y nunca había tenido ocasión hasta este momento.

Respira hondo tres veces, mira al hombre del suelo que se está desangrando encima de la alfombra persa y entonces recapacita:

- ¡Dios mío, he matado a un ser humano! –apenas se le oye, asustada y a punto de llorar.

- ¡Zuli, deja de decir tonterías, no exageres! ¡Si acaso, has matado a ese hijoputa, tú misma lo dijiste! Además, aún no sabemos si está muerto. Tócale la vena.

Al tocarle se manchó los dedos y quedó, si cabe, más angustiada. Aún mantenía el arma homicida en la otra mano...

- Y ahora, ¿qué hago, doña Eloísa? Mis huellas están aquí –señaló el arma accidental-, no tengo papeles...

- A ver, hija, dame a Beethoven –y doña Eloísa se lo arrebató y lo manoseó todo-. ¿Lo ves? Ya está. Ahora la asesina soy yo. Ya solo están mis huellas. Venga, envuelve a este tonto en la misma alfombra persa que compré en Turquía en los años 80, que me costó un riñón, y déjate de lloriqueos. A ver, déjame pensar cómo solucionar este problemilla...

Apenas lo dejó enrollado en la alfombra -algo de sangre había traspasado la lana y quedado en la madera de roble del suelo-, fue al baño a lavarse las manos y la conciencia. La conciencia, pues Zulima se creía perseguida por el destino: niña, viendo a un hombre maltratar a su mujer le deseó la muerte. Inexplicablemente, aquel día cayó por un precipicio y murió. Fue noticia local. Pero es que, adolescente, deseó la muerte de otra chica que, envidiosa, la intimidaba en el colegio en cuanto podía. Milagrosamente, al poco tiempo de su deseo un coche la atropelló. También salió en la prensa. Y lo del policía que exigía una cuota mensual a los vecinos del barrio para su *protección*, fue la gota que colmó el vaso. Fue entonces cuando decidió cruzar el Estrecho.

¿Sería bruja? ¿Estaría maldita? ¿Le habría echado alguien el mal de ojo desde la tierna infancia? En realidad no es que hubiera deseado la muerte a nadie; simplemente sus labios, apretados y con rabia, a veces hasta hacerse sangre, vomitaban “¡Ojalá te mueras!” Y eso ocurría.

Pero ahora, después de más de 20 años de inacción letal, no le había deseado la muerte al desgraciado cartero, que no era cartero. Tan solo había actuado como en las películas...

Cerró la puerta del baño. Caía el agua por sus manos, pero ella se encontraba absorta, perdida en el espejo, recordando un pasado inexplicable -como inexplicable era aquel presente- creyendo que en Europa todo cambiaría, que aquella maldición por la que creía estar marcada desaparecería. Ahora... ahora no era solo el no invocar a la muerte de alguien para hacerse realidad; ahora mataba ella misma sin tan siquiera tener que llamarla.

Mientras Zulima se regodeaba en su inútil culpabilidad doña Eloísa oyó una llave meterse en el bombín de la puerta. ¿Otro ladrón, o tal vez...?

- ¡Hola, tía! –saludó alguien alegre, en alta voz.

Al entrar y cerrar la puerta vio a su tía plantada en la silla de ruedas al final del pasillo, en el umbral del salón.

- Buenos días, Macario. ¿A qué has venido tan temprano? ¿Otra vez sin blanca?

Doña Eloísa ya desde lejos se había dado cuenta de que Macario, su sobrino cincuentón y próximo heredero, traía descompuestos los pelos y descompuesta el alma, lo cual solo podía significar... ¡más deudas de juego! Ya estaba harta de él. En ese mismo momento decidió no dejarle ni un euro de herencia. Le daría la mitad a Zuli junto con aquel piso de 140 metros cuadrados de la Gran Vía Don Diego López de Haro –así le solucionaría la vida, que bien se lo merecía- y la otra mitad iría a alguna ONG; pero a ese vago y crápula, derrochador sin conciencia, no le dejaría ni el polvo de los muebles.

Macario se encaminó hacia ella, embebida en sus pensamientos.

- Estoy en un lío, tiita. Y esta vez es muy grave. Si no pago en veinticuatro horas me han amenazado con matarme...

- ¿Y qué hay de malo en ello? –preguntó inmóvil- Nunca has hecho nada de provecho. Tu vida nunca ha tenido sentido. Has despilfarrado la herencia de tu madre y encima, ahora...

- ¡Por favor, tiita, será la última vez! Te prometo...

- ¿Te has preguntado si hay algo de malo en que te maten? Con los chinos que han venido, y más que vendrán, ya somos demasiados en este paraíso.

- Te lo pido por favor tiita –exclamaba medio lloroso-. Me humillo a tus pies –lloriqueaba, pero sus manos buscaban algo en el bolsillo de la chaqueta, un arma que tenía preparada para la ocasión: una Colt 45 Peacemaker como las que solían usar muchos indeseables en el oeste pues no había encontrado una Glock 26 de 8 mm con capacidad para 10 disparos, algo más discreto y moderno. Seguro que la policía atribuiría el asesinato de su tía al cobro de alguna banda del país. Pero, rico y siempre indolente, cogió el arma olvidando que iba con el seguro quitado. ¿Qué hizo? ¿Cómo lo hizo? Al querer sacar el arma del interior de la chaqueta para amenazar a doña Eloísa –sabía lo de las joyas en la casa y a eso había ido-, esta se le disparó sola hiriéndole mortalmente en el estómago.

- ¡Inútil hasta el último minuto! –explotó su tía- Hijo, te quedan unos 15 minutos. Ya puedes hacer examen de conciencia.

Con el ruido del fogonazo Zuli salió del baño pensando lo peor, que doña Eloísa se había matado confesando el crimen en una carta. ¡Era tan buena, y tan ocurrente,

doña Eloísa! Llegó corriendo y por segunda vez vio el segundo drama de la mañana. Eran las doce menos cinco de la mañana y allí, en aquella casa, ya había dos cadáveres; bueno, uno y medio.

- ¡Aaag! –gritó al ver al hombre que se desangraba intentando taponar el desagüe hecho por la bala, con cara de imbécil, cierto, admitió, y esto la detuvo de seguir gritando por segunda vez. ¿Lo sería de verdad?- Doña, Eloísa, ¿qué hacemos ahora? ¿Llamamos a una ambulancia, o a la poli?

- ¿A la poli? ¿Estás loca? ¿Para que nos pillen con el otro? Deja, deja. Este es un inútil perdido y por no trabajar no es capaz ni de gritar. Anda, trae la sábana grande del armario de mi cuarto –le dijo sin perder de vista al sobrino, que seguía con la pistola atascada en el bolsillo de la mano derecha-. Además, ¿para qué vamos a llamar? ¿Para que encima lleguen tarde y nos acusen de no haber avisado a tiempo? ¡Quiá, quiá! Déjale un poquito más ahí tumbado que todo tiene arreglo...

- Menos la muerte, doña Eloísa...

- Es verdad, hija, menos la muerte –reflexionó-. Venga, démosle un poquito más de tiempo aquí junto a nosotras para que no sufra la muerte en soledad, que dicen que es muy triste –dijo todo no muy pesados pero convencida, sin pestañear.

- ¡Pero es un ser humano, doña Eloísa! –se escandalizó Zuli.

- ¡Sí, humano e inútil! Solo sabe jugar al bingo, a la ruleta y seguir la vida y obra del Messi ese de las pelotas!

- ¡Doña Eloísa, compórtese! ¡No diga esas cosas! –le corrigió escandalizada.

- Tienes razón, hija, pero es que hablar de fútbol y de inútiles derrochadores es todo uno, me pone de los nervios y pierdo la cabeza. ¡Ale, busca la sábana, que no vamos a tirar todas las alfombras de la casa con estos invitados inesperados!

- ¿No sería conveniente que antes de que muriera le quitase el arma, no se le dispare otra vez?

- No te preocupes, así sufriría menos. Además, ¡no tendrá esa suerte, no... !

No lograba el sobrino sacar el arma del bolsillo de la chaqueta para apuntar bien. Cuando por fin lo logró no estaba dispuesto a morir sin haber acabado antes con *aquella vieja egoísta*, como la llamaba ante sus deudores.

Disparó.

- ¡Aaah! –chilló Zulima, que se había vuelto por la sábana, del susto y sin pensarlo dos veces le dio tal patada en la cabeza, con toda su fuerza, *como una*

auténtica karateka pensó doña Eloísa-, que ya no supieron si estaba desvanecido del golpe o si de esta forma había acabado con sus funciones vitales.

- ¡Anda, hija, que es para hoy. Y tú ibas a salir! Trae *la sábana santa*, la naranja de la habitación roja, la del segundo cajón del comodín.

Hoy va de doses -pensó Zulima, pero luego se corrigió-. *No hay dos sin tres* -y rió. Pero luego Zuli recordó que en las películas el malo siempre moría dos veces, es decir: el sobrino al principio parecía muerto, pero no lo estaba y esto le daba ventaja de poder matar a alguien más, normalmente en las películas nunca al protagonista, pero sí a la novia, o a la mujer o a alguien muy querido del héroe, que en este caso -y eso no le gustó nada- tendría que ser ella. Así que, como ya tenía una sandalia manchada de sangre, le dio un pisotón en la mano amenazadora del muerto dos, por primera vez y definitivamente muerto -al menos eso creía. Luego, la cogió sin miedo entre dos dedos, por el gatillo, tal como le dijo doña Eloísa.

- ¡Casi me da, el muy cretino!

- ¡Doña Eloísa! -dijo Zulima asustada.

- ¿Quéeee?

- La bala ha ido a incrustarse en la frente del abuelo en el cuadro.

- ¡Vaya! Así ya van tres, aunque el último lo sea en efigie. Ale, haz lo que te he pedido, por favor, que no vamos a estar así acompañadas toda la mañana andándonos con contemplaciones.

Fuese la fiel Zuli en busca de la *sábana santa* pues aunque musulmana conocía la leyenda de la muerte de Jesús de Nazaret, *aunque estos dejan más rastro de sangre* -pensó.

Al darse cuenta que una de las sandalias, la que estrelló contra la mandíbula del sobrino, dejaba un rastro de sangre, decidió ir a la cocina, limpiar la suela con una esponja y secarla con papel de cocina antes de regresar con la susodicha sábana.

Mientras tanto, doña Eloísa examinaba el arma detenidamente. Era de seis balas y aún le quedaban cuatro. La sopesó en las manos, apuntó al frente elevando el arma hasta la vista, guiñó un ojo, metió un dedo en el gatillo y en esa posición, todavía sentada en la silla de ruedas, escuchó un ruido en la cerradura de la puerta de la entrada. Se quedó quieta en esa posición. Parecía como que alguien quisiera entrar sin ser anunciado. Doña Eloísa mantuvo su posición alerta...

Entonces aparecieron. Eran dos. Nunca había visto a ningún mafioso excepto en las películas pero al ver al primero inmediatamente supo que lo eran. Debían de ser los que habían amenazado de muerte a su pobre difunto sobrino.

- ¡Lo siento! -gritó desde su posición y su voz les sorprendió- Han llegado tarde.

Habían subido al oír los dos disparos desde la calle y esperaban lo contrario de lo que veían.

- He tenido que cargármelo, señores -resumió y presumió fríamente doña Eloísa-; ahora tendrán que pagarme ustedes por el trabajo sucio.

- ¡Hija de...! ¡Lo ha matado! Y ahora, ¿cómo se lo decimos al jefe?

Otros dos tontos, pensó doña Eloísa.

- ¿Cuánto cobráis por fiambre? -intentaba contemporizar con voz y vocabulario con aquellos *aficionados* mientras se sentía la protagonista de un film.

- 5.000€ -respondió el más tonto- Pero ahora, ¿qué hacemos? -se quedó pensativo- ¡Las joyas! Su sobrino habló de joyas.

- ¡Sí, menuda joya era mi sobrino! -ironizó doña Eloísa

- Nos las va a dar ahora mismo, abuela -le informó sonriente el segundo.

- ¡Ja! ¿Quién apunta a quién es estos momentos? -y movía segura de sí misma el arma en dos direcciones- ¿Por un causal sabéis que fui campeona olímpica de tiro cuando era joven? Pues ya estáis saliendo de esta casa, que no me tiembla la mano.

Ninguno de los dos matones quería creérselo, sobre todo por la forma como empuñaba el arma.

- Te vas a hacer daño, abuelita -rió el primero, queriendo llevar la voz cantante.

Al oír voces, con sumo cuidado, Zuli pasó de la cocina al pasillo del baño y de allí a la puerta de entrada como las veces anteriores y por donde había cogido a Beethoven. Y por cierto, ¿cómo es que Beethoven había ido a parar de nuevo a aquel aparador? Creía habérselo dado a doña Eloísa. Bueno, no era el momento de pensar y recordar cómo había llegado allí. Al escuchar las últimas palabras de la conversación agarró de nuevo con decisión al famoso músico. Caso de usarlo como defensa personal, claro, ahora controlaría un poco mejor el golpe para que el acto no acabara en homicidio involuntario.

Pero la historia de la humanidad, como los designios de Dios, es inescrutable. El matón llamémosle número uno quiso sacar su arma para asustar y neutralizar a doña

Eloísa; pero lo que nunca esperó es que aquella *abuelita* en silla de ruedas dispararía sin pensarlo dos veces justo cuando Zulima, detrás del gangster número dos gritaba como una posesa y descargaba al cerebro musical contra el pobre cerebro de aquel pobre desgraciado, y a partir de ahora descerebrado.

Cayeron ambos al suelo al mismo tiempo y a la misma velocidad de un compás de 4 x 4. Ambas, doña Eloísa y Zuli, Zuli y doña Eloísa, se miraron totalmente sorprendidas, y orgullosas de salir victoriosas de aquel trance. No se lo podían creer. Lo que estaba ocurriendo aquella mañana era completamente absurdo. No tenía sentido. Ellas eran dos mujeres pacíficas, incapaces de matar una mosca, bueno, hasta ese día, hasta ese momento. Ni ellas eran así, ni jamás se habían comportado de forma tan violenta. Sí, cierto que cuando hablaban con vehemencia impresionaban, sobre todo doña Eloísa, y había quien las creía capaces de una burrada pero de un... bueno, de dos, o tres asesinatos... ¿quién podía creerlo o imaginarlo?

Pero la vida es así, impredecible, inexplicable, imparable. Nunca sabemos cuándo ni cómo nos va a cambiar en un chasquido de dedos.

Miraron los tres, bueno, los cuatro cuerpos. Se miraron. Volvieron a mirarlos. Volvieron a mirarse.

¿Cómo había pasado -se preguntaba doña Eloísa- de ser presidenta de Acción Católica en el pasado a ser presidenta del Club del Crimen en el presente?

Para Zulima, en cambio, aquella escabechina matinal más bien le hacía sentirse haberse convertido en ángel exterminador del mal en la tierra.

Ya sé que ustedes dudan de cuanto les estoy narrando, que mantienen sus dimes y diretes razonando que es imposible tanto acontecimiento gore; pero, ¿acaso no han dicho más de una vez aquello de *todas las desgracias vienen juntas o la desgracia se ha cebado en esta familia*? ¿Y qué me dicen de la archiconocida historia del santo Job? ¿Acaso no han sentido un venerable y oculto miedo de que alguna vez pudiera ocurrirles a ustedes algo parecido?

La puerta de la calle había quedado entreabierta y a resultas del ruido, gritos y disparos salió la vecina de enfrente, algo sorda, cojeando y apoyándose en su cachaba de fresno, preocupada por ciertos ruidos extraños.

- ¡Doña Eloísa! –gritó desde el umbral de la puerta- ¿Está usted bien?

- ¡No entre, Casimira! –gritó a su vez doña Eloísa, pero la Casimira no oyó bien, ni entendió, claro, el mensaje, empujó la puerta y... ¡se halló en medio de aquel paisaje desolador: doña Eloísa aún con el arma en las manos, un montón de cuerpos ensangrentados en el suelo, la criada, Zulima, envolviendo en una sábana al más

cercano a la puerta. La voz en la espalda hizo volverse a Zulima, quien volvía a estar con las manos ensangrentadas. Los ojos del muerto miraban fijamente a la Casimira, y esta al muerto.

- ¡Ay, ay, ay, ay! -solo sabía decir la pobre octogenaria quien de inmediato se llevó una mano al pecho. Le faltaba aire. Se le fue el color. Le falló la voz. Trastabilló. Dando un traspiés se le escapó de las manos el bastón.

- ¡Ahora, no, por favor, señora Casimira! -suplicaba Zulima no sabiendo si atender primero al muerto o a la anciana que se le venía encima- ¡Ahora, no!

Pero ya el evangelio había profetizado hace más de dos mil años aquello de “porque no sabéis el día ni la hora”, aunque no para tantos juntos y al mismo tiempo, cierto, y en época de paz, claro. La pobre mujer cayó redonda. ¿Un ictus en el cerebro? ¿Un ataque al corazón? ¿El pavor de la posibilidad de ser una víctima más de muerte violenta por sus -creía- pacíficas y queridas vecinas? Habremos de esperar el tiempo necesario hasta que el forense dictamine.

- ¡Santo cielo! -se santiguó doña Eloísa- ¡Lo que nos faltaba! Zuli, deja a ese, mete dentro a la Casimira y cierra la puerta no tengamos ahora una asamblea de mujeres a la griega.

Zuli, obediente, hizo lo que se le mandaba, mascullando por lo bajo, algo extraño en ella aunque comprensible por los acontecimientos que se le iban acumulando:

- *¡Quién me mandaría a mí salir de mi país! Allí al menos se me morían de uno en uno y no tenía que andar tapándolos ni escondiéndolos* -rezaba por lo bajo-. ¡Doña Eloísa! Y ahora, ¿qué hacemos? ¡Yo no voy a poder deshacerme de tanto cadáver! Le recuerdo que aún no he conseguido los papeles. -*¡De esta no salgo de la cárcel de Basauri ni a los 80 ni cuando llegue el cambio climático!* -seguía mascullando para sí.

- ¡Ay, hija, no me agobies! ¡Déjame pensar, que hoy ando espesa!

- Pero doña Eloísa, ¡si cada vez que le dejo pensar me añade un muerto! -se quejaba la bella Zulima.

- ¿Tú no eres de las que dicen que *Allah es grande*? ¡Pues a ver si te inspira para poder salir airosa de esta!

- ¿Y usted no es de las que cree en los milagros? ¡Pues pídale alguno a ese San Cucufato! Que para lo que quiere bien que le reza *San Cucufato, San Cucufato, los cojones te ato...*

- ¡Vale, vale, vamos a dejar las cosas de religión aparte, no sea que venga Dios y nos fulmine a las dos por inútiles. Ale, envuélvelos a todos y vete de una vez a esa cita

importante que tenías, que ya llevas media hora de retraso y te va a dar plantón el novio...

- Voy a darme un poco de prisa aunque me quede la sábana un poco arrugada, no sea que mi novio se aburra de esperarme y venga a buscarme.

En ese mismo instante sonó el timbre. Ding-dong. Ambas pensaron lo mismo: *¡El novio!*

Zulima vio una vez más su vida destrozada. La verdad es que para ser una buena persona -¡una muy buena persona!- había tenido muy mala suerte con los hombres: su primer novio fue injustamente culpado y encarcelado por 5 años que luego acabaron siendo más de 7 -se enteraría más tarde y por accidente en la frutería. El segundo era camionero y un día el ferri que trasladaba su camión a la península se hundió y nadie supo jamás nada de él, ni del camión, ni del camionero. El tercero -ella ya tenía 25 años- era un *dandy*. Ella sabía lo que había. ¡Pero era tan guapo! No tardó tres meses en descubrir a un empedernido mujeriego. Entonces se dio cuenta de que alguien le había echado el mal de ojo. Aunque ya en Granada, antes de subir al norte, una gitana le había leído la mano:

- ¡Shiquilla! ¡Qué mala suerte has tenido con los hombres! Y eso no es lo peor: te han fallado los cuatro primeros y aún te quedan dos más por coleccionar. También veo sangre. Mucha sangre. Pero también veo alegría, mucha alegría. Tu novio número siete te escribirá una historia que será todo un *best-seller*. Pero no lo firmará él, sino que llevará tu firma. Te pondrá un piso en la Gran Vía de... y ya no se ve más.

- ¡Ya va, ya va! -gritaba Zulima mientras con el último cadáver intentaba cubrir el anterior- Ya voy, cari, un minuto...

- ¡Cari, cari! -reía burlona doña Eloísa- ¡No pronuncies esa palabra, Zuli! O cariño, o nada. Déjate de diminutivos ruinosos. ¡Cari-cari!

Zulima se miró en el espejo de la entrada. La llegada del novio dio color a sus mejillas, brillo a los ojos, sonrisa a la boca. Humedeció los labios. Se veía magnífica con aquel vestido. Doña Eloísa le había ayudado a comprarlo. Fueron las dos a Loewe. Ella no quería entrar.

- Pruébatelo aunque no lo compres, y mírate un día con un vestido espectacular.

Ella solo pagó 80 euros. Doña Eloísa 857.

Hoy lo estrenaba, casualmente hoy. Sabía que el novio iba a pedirle la mano, bueno, a prometerse y todo eso -ninguno de los dos era tan moderno como para despreciar un rito tan romántico. Tenían mesa reservada.

A pesar de que aún veía algo de sangre en una sandalia -¡y no digamos en una de las manos!- fue a abrir.

Pasar del cielo al infierno, cambiar la felicidad por la contrariedad más absoluta, convertir el fuego en granizo... fue todo uno. ¿Acaso no era el novio? Sí, ¡pero el último novio, o sea, el anterior! Elegantemente vestido, con ropa de marca, repeinado, presumiendo de guapura hasta la coronilla, allí estaba él plantado.

- ¡Nooo! -e intentó cerrar la puerta de golpe, angustiada.

Pelearon brevemente con la puerta de las sorpresas.

- ¡Te dije que o mía o de nadie! -gritó exaltado y triunfante- ¿Para quién te has vestido así? ¿Quién te ha pagado esa ropa, furcia? -la puerta cedió a su fuerza y entró.

Solo le miraba a ella, su cara asustada, su cuerpo deseado. Todo le volvía loco.

- ¡Sal de esta casa si no quieres arrepentirte! -escuchó, pero no vio a nadie excepto a Zulima, pues el cuerpo de Zulima bloqueaba la vista del pasillo.

- ¿Ahora eres ventrílocua? -rió anonadado y divertido el *dandy*- Jajaja. ¡Casi me engañas, zorra!

- ¡Gilipollas, te estoy apuntando con un arma! -enfadada amenazó doña Eloísa.

- ¡Eres buena! ¡Eres buenísima! ¡Y estás más buena que nunca, cari!

- ¿Qué no la llames cari, gilipollas, que ya no es tu cari! -explotó enfadada doña Eloísa y con retintín.

- ¡Largo! -por fin habló Zulima- No tengo más que decir.

El novio, bueno, el penúltimo novio, no el actual sino el anterior, claro, sacó una albaceteña de doble filo, de 15 cm. Se oyó el chasquido de su apertura. Zulima recordó y entendió las palabras de la gitana, y del pasado, y los celos, el rencor del despecho e incluso el odio del ex novio presente. Reculó... y echó a correr. Al llegar donde los cadáveres dio un salto; pero el novio, que no los había visto por la sencilla razón de que solo tenía ojos para ella y buscando venganza iba ciego en su carrera detrás de ella, tropezó cuando alargaba la mano -la otra la llevaba ocupada, no olvidarlo- para agarrarla, ya ufano de agarrar a la presa. Al chocar sus pies con algo, miró hacia abajo para identificar y sortear el obstáculo; pero no pudo evitar ver dos cadáveres más un tercero que parecía ocultar al segundo.

- ¡Hija de...!

No pudo terminar la frase pues al levantar la vista para no perder la dirección de Zulima, de su huida, fue cortado por un...

- De hijade, nada; tú eres el hijode, ¡gilipollas! -contestaba, muy crecida una anciana.

Mirando caído desde el suelo, no se lo podía creer: una vieja sentada en una silla de ruedas le estaba amenazando con una pistola. Zulima ahora se encontraba detrás de ella sosteniendo las manos de la anciana para que no temblase o para que no fallase. Rió histéricamente como que la amenaza no fuese con él ni de ellas.

- ¡Abuelita! -y se puso tontamente cantarín- Zulima y su abuelita van a ser comidas por este loobooo -y movía la albaceteña como si fuesen los dientes- ¡Ñam-ñam... una abuelita! Jejeje. ¡Ñam-ñan... Mi Zulimita! Jijiji.

Y fue lo último que se le oyó dejando una mueca de idiota para la posteridad. Del susto y del retroceso del arma, Zulima cayó atrás, al suelo.

- ¡Tranquila hija! Si nos van a inculpar de algo, da lo mismo que lo mismo da cuatro que cinco.

En el suelo, Zuli comenzó a llorar desconsoladamente.

- Nunca me casaré, doña Eloísa. Mi vida está en el huracán de un mal de ojo... - desconsoladamente lloraba.

- ¿Lo dices por este imbécil? Agradece que te lo haya quitado de encima. ¿Con este mamarracho guaperas pensabas casarte? ¿Para este mequetrefe te he comprado ese vestido que hasta a mí con mis 93 años me entran ganas de ser lesbiana? ¡Señor, Señor!

- ¡No! -lloraba la bella Zulima- Con este, no, doña Eloísa. Este era mi novio anterior. Bueno, no llegamos ni a ser novios. Solo salí con él tres veces. Luego él se hizo ilusiones y se empeñó, y me acosó, y me amenazó, y yo vine aquí desde Zamora huyendo de él. No sé cómo ha podido encontrarme... -prosiguió su llanto.

- Va, va, va, deja de llorar, hija. Lo importante es que salgas ya de una vez de aquí y vayas con tu novio de verdad, te pegues un lingotazo para pasar este mal rato, ¡o te des un homenaje, caramba! Que yo ya no puedo, pero cuando tenía tu edad era...

- Presidenta de Acción Católica –repitieron al unísono, Zulima entre lágrimas y doña Eloísa con fervor y orgullo vocacional.

- Pues eso. Y ya te lo he dicho. Ahora llamo a la poli, me auto-inculpo y tú me vienes a ver a la cárcel de Basauri miércoles y sábados por la tarde después de la

siesta. Deja de lloriquear y vuelve al baño a arreglar ese maquillaje, no te vaya a caer una gota en el traje con las lágrimas y la fastidies una vez más.

- ¡No. Doña Eloísa, al baño no, que hoy cada vez que voy al baño ocurre un accidente!

- ¡Va, va, no seas supersticiosa! Ni tenemos gato negro, ni escalera para pasar debajo ni espejo roto!

Convencida, Zuli fue al baño a restaurar su preciosa cara, sus hermosos ojos, a colocar bien el bonito vestido en aquel cuerpo volviéndolo espectacular.

- ¡Aaah! -gritó, y doña Eloísa pensó que había descubierto a *otro* en el baño.

Corrió doña Eloísa -lo que pudo, claro- con la silla de ruedas, abrió de par en par la puerta del baño, el arma levantada y lista, una vez más, para hacer justicia. Allí solo estaba su Zuli mirando aquel espejo de 1,5 por 3 m. con una rotura de cristal en diagonal y un gato incrustado arriba, en el epicentro del golpe.

No se habían repuesto de la sorpresa, inexplicable, incomprensible, irreal –pues solo es real lo que comprendemos- cuando sonó el timbre de la puerta y una voz que gritaba:

- ¡Policía! ¡Abran inmediatamente la puerta y salgan con los brazos en alto o nos veremos obligados a entrar por la fuerza!